

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7-1.º Telf. 3988
GIJÓN

SOBERANIA

Había comenzado a correr en los anales hispanos aquel siglo XVI asombroso de las Edades. Sólo un episodio del carácter de un español habremos de señalar. Si el dicho episodio es leyenda, no es indigna de la figura del protagonista. Tal vez calumniemos a otras figuras del cuadro.

La intuición de la incomparable Isabel la Católica había puesto años atrás su mirada protectora en un fraile que descubría su personalidad por una virtud aborrecida en aquella Corte: la sinceridad. Fray Francisco Ximénez de Cisneros —que éste era el hombre—vióse elevado cada vez más, bien a su pesar. Pero apenas comprendió el designio de la Providencia, dióse de lleno a la misión que le tocaba, con tal destreza, que le hallamos maestro (sin verle pasar antes por discípulo) en la espinosa cátedra de regir, ya entidades menores, ya aquellas mayores que llamamos reinos.

Había comenzado a correr el siglo XVI, cuando los nobles de Castilla hallábanse desazonados y descontentos ante la manera como gobernaba el Regente.

* * *

Un mal día, exasperados, eligieron Comisión, que se personó en casa del Cardenal, y no a la hora más oportuna. Incansable Cisneros, escribía una carta, cuando penetró en la estancia un paje, que tras rendida reverencia dijole:

—Es solicitada audiencia de la Vuestra Grandeza.

El purpurado interroga:

—¿Por quién demandan? ¿Por el Arzobispo de Toledo o por el Regente?

Saltó presto el paje, tras nueva inclinación, y tornó a poco, temeroso:

—No al muy reverendo Arzobispo, mas al Regente, pide audiencia una diputación de los nobles.

Cisneros, haciendo merced de cortesía a sus importunos visitantes, ordenó al paje, señalando con la pluma una estancia allí cercana:

—Hacedlos pasar a la sala de cora-

zas.

El Cardenal dejó la pluma, y llegán-

dose a un arca próxima, recogió de encima de ella un solideo encarnado, no sin llegarse a él con marcado ademán de humildad y apartamiento de las honras. Besólo reverente, y ajustándose sobre el ya plateado cerquillo, fué al salón, ni presuroso ni demorado, salvando la distancia por una galería privada, destartalada y escueta cual un tránsito de recogido monasterio. El peso de los años no había arruinado aún la naturaleza del Arzobispo, todavía enhiesta y desembarazada.

Penetró él solo en la pieza de las armas por una puertecita forrada de rica tela amarillenta, que cerró por sí mismo con gran sencillez. Y halló que a la par los solicitantes entraban por otra puerta, labrada en cedro, que caía al centro del testero opuesto.

Con una mirada dominó Cisneros la situación. Los semblantes hallolos alterados.

El prestigio del Poder y aun el de la Púrpura jamás consentían una situación humillante, y como adivinase al golpe de vista que, deslenguados y cortesés, habrían los próceres de tomarse a coro la palabra, ganoles la acción simulando no sospechar el desaliento, mientras al ir en busca de ellos y detenerse muy cerca les decía con indiferente y austera soberanía:

—Hablad.

* * *

El verbal alegato fué asaz impropio, no tanto de súbditos cuanto de caballeros. Y llegaron allastimoso extremo, presentando cuitas, de interrumpirse unos a otros, apasionados y coléricos, olvidando que la razón va perdiendo sus visos de evidencia a proporción de la cólera que quiere salir con ella.

El más cobarde de la levantisca junta pidió prestado el valor que le faltaba a la compañía de sus colegas, y, enyalentado, atrevióse a lo que nunca hubiese dicho al Regente cara a cara y a solas:

—Habéis de decirnos aquí, por fuerza, de cuáles poderes osáis gobernar estos reinos a vuestro antojo.

Ante tal insolencia, una ráfaga de ira cruzó la faz del Regente; pero la domeñó con el impulso formidable, hijo de su temple genuinamente hispano, contentóse con responder, al tiempo que sonreía fríamente:

—¿Tan presto hubieron de olvidar vuestras mercedes el testamento del señor Rey Don Fernando?

La frase fué dicha con la naturalidad que presta el derecho. Pero se le iba a replicar, con el temblor de la cólera de que adolece la violencia:

—De cómo se haya hecho el tal testamento, de tejas arriba, Dios ha de saberlo; de tejas abajo, vos.

Esto dijo amenazador el más anciano de los magnates.

Todas las manos acariciaban ya la empuñadura de las espadas; mal digo, porque Cisneros contemplaba en tanto entre las suyas el cordón franciscano, y desasiéndolo cuando la palidez, mensajera de la tempestad, comenzaba a teñir su rostro, dijo a los atrevidos:

—Donosa ocurrencia sería en caballeros pretender desafiar a un pobre fraile. Pero ya que os empeñáis, os mostraré al momento dónde estriba mi autoridad.

Su enérgico ademán hizo volver la cabeza al grupo de nobles. Cisneros había señalado un balcón. A él se dirigió con viveza el Regente, no sin que sintiera indiferente, a su paso, que perdía la vertical una coraza, cuyo chasquido, al dar en tierra y coger de espaldas a los menguados caballeros, hizo estremecer a más de uno.

Cisneros, cuando se halló de nuevo ante ellos, enmudeció un instante, al tiempo que, viéndolos ya junto al balcón, extendió la diestra hacia los soldados y los cañones alineados en la plaza, y dijo con la serenidad de un Papa-Rey:

—Esos son mis poderes.

Abajo, los soldados, al ver al Regente, quedaron firmes y extrañados. Arriba, los nobles, indecisos y vencidos, no acertaron a moverse. Ya su mirada rehuía el encuentro con la del Regente, tornada severa y amenazadora. Y un magnate hubo de morder sus propios labios, manchándolos de sangre...

Silenciosos, fueron al cabo retrocediendo, disimulando el miedo, aunque sin dar del todo la espalda.

Fray Francisco, todavía junto al balcón, los miraba con imperio. Aun tenía extendida la diestra, como un eco de la frase.

Salió el postrero de los osados. Quedó solo Cisneros. Acercóse con majestad a un cordón de púrpura que, rematado abajo por elegante borla, pendía tocando un muro, y asiéndolo, resonó en la añeja morada el débil clamor de una campanita conventual. Presentóse un criado, y Fr. Francisco díjole con sequedad:

—Recoged esa armadura y enderezadla si podéis; que si salís con el empeño, los que creen en brujerías os cobrarán temor.

Y sacando de la faltriquera su librito de Maitines y Laudés, santiguóse y dió principio al oficio de la tarde:

—«Deus in adiutorium meum intende»...

Quien lo hubiera visto sin saber su nombre, a despecho del solideo rojo, hubiérale juzgado uno de tantos ancianos frailes, graves y austeros. Pero la verdad del caso es que propios y extraños convenimos en que bajo aquel burdo sayal, raras veces recubierto por la púrpura, se escondía un alma capaz de reinar en dos mundos con las armas de los grandes gobernantes; con las hidalguías de los buenos caballeros.

Mariano BRULL

A la caza de un antepasado

Doña Socorrito no sospechó nunca que sus nietos, y mucho menos que sus bisnietos, pudieran salir de su clase y del ambiente modesto de su esterería, y, sin embargo, fué así. La esterería había logrado en pocos años una rentita aceptable.

A los veintiocho años, Lorenzo se casó con Chanita—Sebastiana, que diríamos en católico—, y el matrimonio se consideró feliz, dueño de un saneado capitalito y dispuesto a alternar en sociedad con el derecho que le daban las pesetas que en el ambiente materialista de hoy tenían más fuerza que la sangre, y la suya—por lo que afectaba a Lorenzo—era sangre de horchata, como podía comprobarlo el título de «Esterería Horchatería» que ostentaban en su domicilio sus ascendientes.

Sebastiana era un mirlo blanco en su clase. Sus padres, hombres honrados, tenían una frutería que gozaba del favor del público. No ponían ciertamente «las peras a cuarto», y gracias a ello la frutería daba para costearle al chico las matrículas del Instituto. Chana, por su parte perfeccionaba sus conocimientos en corte y confección, y como era agraciada y aprovechadita, a los cinco años de haber entrado en el taller, bajo la dirección de doña Luisa, pudo abrir con éxito un taller propio. Chana, llegó a ser en poco tiempo una gran modista, y luego la dueña de una importante casa de mo-

das. Lorenzo la conoció ya en un plano de altura profesional, y como, por otra parte, la belleza de la joven corría pareja con su inteligencia, el muchacho decidióse a entablar con ella relaciones y a casarse cuanto antes.

Todo les salía a pedir de boca. Formalizáronse las relaciones, y antes del año y medio se casaron. Chana traspasó los dos talleres y la casa de modas y comenzó a vivir en plan de gran señora. El capital de Lorenzo bastaba para vivir con toda clase de comodidades, y el matrimonio dióse a disfrutar de la vida; y como el dinero les abría las puertas de los salones y les proporcionaba alternar con la aristocracia, Chana comenzó a sentir la comezón de las grandezas.

Fuéronse a la mejor casa de muebles de la población y encargaron para su domicilio el más lujoso mobiliario, y comenzaron a dar fiestas, y se gozaban en llamar de tu a los *marqueses* y *condeses*. Y como las ansias de subir en la esfera social y el vapor de las humanas ambiciones llega a apoderarse del pobre corazón de tal modo que logra incluso oscurecer los entendimientos más privilegiados y lanzar a sus víctimas a las más absurdas ridiculeces, Chana y Lorenzo se decidieron a buscar en el Rastro un óleo que pudiera llenar el testero de la magnífica sala y a quien el matrimonio había de sacar del anonimato para convertirlo, en uno de sus gloriosos antepasados.

Más de un mes duró la búsqueda de la ansiada bisabuela o del esforzado general que habían de lucir ya el escote isabelino, ya las honrosas condecoraciones que darían prestigio a la familia con el sabor de un rancio abuelengo.

La constancia en los viajes al Rastro logró dar con el óleo apetecido. Chana se entusiasmó con aquella pintura. Un bicornio impecable y no pocas bandas y condecoraciones presentaban al agregio prócer como una figura destacada en su elevada profesión.

—Es un hombre de alcurnia—exclamó Chana con emoción inenarrable cuando contempló el cuadro ya en su casa.

—Está francamente bien—replicó Lorenzo, sonriente.

—Está guapo, ¿verdad? Y ¡qué relieve le da esa perilla! Además, Lorenzo, si te fijas, se parece mucho a tu hermano Andrés. Los ojos y las cejas son exactos... Y hasta la dulzura de su sonrisa y esa cara de caballero recuerdan algo... ¿A que no sabes a quien? Pues, aunque tú no lo quieras, a tu padre.

—Todavía vas a hacerte a la idea de que, desde luego, es tu bisabuelo.

—Tenemos, Lorenzo, tenemos... hay que hacerse a la idea de que ese aire de familia es tuyo; que es tu bisabuelo. Un perfecto caballero y un gran diplomático...; y que se llamó como tú: Lorenzo...

Desde entonces Chana presenta a todas sus nuevas amistades el famoso óleo.

—Este señor—les decía—es el bisabuelo de mi marido. Su historia es muy interesante. Gozó de la amistad entrañable del rey y ocupó cargos de muchísima confianza.

Y hete aquí, lector, que una tarde se presentó en la casa don Cosme del Fumeiro. Los azares de la fortuna le habían llevado a éste a la más triste ruina, y vióse obligado a malvender sus fincas, sus valiosos cuadros y sus títulos nobiliarios.

Estaba Chana en la sala en compañía de varias amigas y al serle notificada la visita del marqués del Fumeiro, juzgó oportuna la ocasión de lucir el rango y la nobleza de la familia de su marido.

—¿Qué tal, señor marqués? Queridas amigas, tengo el gusto de presentarles a mi buen amigo Cosme del Fumeiro. Aquí tiene usted, mi buen don Cosme, a las señoritas de Marte, a Celinda de la Pana y a la señora condesa de Luciérnaga. Por cierto—exclamó Chana sin poder contenerse—que no sé si fué usted el que el otro día mostró deseo de que la enseñara el retrato al óleo de don Lorenzo del Mármol y de Carrara, bisabuelo de mi esposo.

Don Cosme se quedó demudado, y después, repuesto del susto, estuvo a punto de soltar la carcajada. Chana se alarmó a la vista de la impresión causada en don Cosme, y mucho más cuando éste, so pretexto de no sé qué cosa urgente, se ausentó de la sala sin poder contener la risa.

Razón tenía Chana para alarmarse, pues a los dos días apareció el siguiente suelto en la prensa:

«El excelentísimo señor don Alfonso del Fumeiro, que fué ilustre plenipotenciario de España en la Insulindia, ha tenido a bien cambiar su nombre por el de don Lorenzo del Mármol de Carrara. Así se lo ha comunicado a doña Sebastiana Cuchi dicho señor desde un óleo que preside la sala de nuestros amigos los señores de Mármol.»

Las crónicas dicen que el consabido óleo volvió otra vez al Rastro, de donde fué nuevamente rescatado por otra familia que quiso también llevarlo a su casa, para que don Alfonso del Fumeiro figurara en la galería de sus antepasados con el nombre de «el abuelito Gilberto», vizconde de la Parrilla.

José Luis PIÑUELA

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Jesús de Nazaret, en sus tres años de vida pública, expuso su doctrina en la que habían de encontrar consuelo los tristes, remedio los necesitados, satisfacción los afligidos y esa resignación admirable que Dios concede a las almas que en El confían, en medio de las tribulaciones.

Para el pobre, el triste, el afligido, el desheredado de la fortuna, tuvo siempre palabras de amor que mitigaban su desesperación.

A ellos vino a descubrirles un mundo que desde su miseria de alma y de cuerpo tenían desconocido.

«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque suyo es el reino de los cielos»

Y sin embargo... el pobre, el triste, el afligido, el necesitado de bienes de fortuna, no quiere ese consuelo, ni el amor y la paz que ofrecen a su espíritu atormentado, las palabras del Maestro de Nazaret.

Contemplamos asombrados a las masas de todos los pueblos que viven apartadas de Dios, cuando de El, no han recibido mas que bienes. Persiguen con odio su doctrina. Viven apartados de toda vida religiosa, corrompiendo su alma y su cuerpo con todos los vicios, olvidando el fin que a todos espera y sin otra meta en este mundo que vivir y gozar en la medida de sus medios económicos reducidos.

En el ambiente que les rodea no vislumbran ni un rayo de sol que ilumine su alma. Se han entregado a una vida completamente materialista y no esperemos de ellos otra manifestación que la que corresponde a este modo de vivir: Trabajar, porque es preciso; gastar en sus vicios la mayor parte de sus jornales, gozar de la vida en todas las formas a su alcance. Y por el contrario, desligado por completo de la vida familiar, olvidando sus obligaciones para con la esposa y con los hijos; envileciendo la vida matrimonial, atentando y matando la vida de los seres que anuncia la maternidad, sirviendo de escándalo a los hijos, haciendo de su conversación una ofensa constante al buen gusto, a la moralidad y a Dios y su prójimo; al mismo tiempo que a pesar del escaso jornal y de las necesidades de su casa, retiene para sus vicios y diversiones una buena parte, en perjuicio de su propia salud y de la de sus mismos hijos a quienes roba el pan de cada día.

Y esta es la vida normal de gran parte de quienes careciendo de bienes de fortuna, viven de su trabajo que sería trabajo honrado, si el producto del mismo fuese destinado a la satisfacción honrada de las necesidades familiares.

Por suerte para muchos, no todos se dejan arrastrar por la ola de materialismo que cada día ahoga más a las masas trabajadoras.

Todos conocemos a quienes se preocupan de sus hijos con gran interés, y sacrifican muchos caprichos y hasta algunas necesidades propias para que el hijo pueda estudiar alguna cosa y hacerle un hombre de provecho en la sociedad y mejore la situación económica de sus padres. Conviven con nosotros, también, quienes en su preocupación por el sagrado cumplimiento del deber para con los suyos, al dejar su trabajo diario, agotados por la jornada dura de la fábrica o de la oficina, reemprenden de nuevo otro trabajo hasta horas altas de la madrugada... porque la vida está cara, los hijos necesitan comer bien y el sueldo o el jornal, no es suficiente.

Sus diversiones son el paseo dominical con los suyos, sin gastos extraordinarios tampoco, pero siempre con algún

aliciente que alegre la jornada y regocija a padres y a hijos.

Sin embargo... no son muchos los que así viven, en un ambiente de honradez familiar y religioso.

Se han olvidado de Dios. Jamás le dirigen una súplica. Sus labios no se mueven para rezar, y su corazón está rebotando odio y amargura, rechazando el amor y el consuelo que Jesús de Nazaret ofreció a los pobres, a los humildes, a los desheredados de la fortuna, a los tristes...

Y Jesús de Nazaret continuó diciendo: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

R.

Reconciliación

Ya descansé otra vez; ya la conciencia no me acusa. La falta se ha borrado. Fué el arrepentimiento del pecado y aquella penitencia que Jesús amoroso me ha aceptado.

¡Qué grande es Dios que a mí pecar constante los ojos cierra y abre presuroso para el perdón su corazón piadoso, y su bondad amante lava del alma el hecho ignominioso!

¡Y qué pequeño soy que en este fin que peço porque sé que me perdona, y a esta sombra de amor se envalentona cobarde mi albedrío y en brazos del pecado me abandono!

Muy grande es Dios, y yo soy muy pequeño; por eso hoy, aunque tuve el alma muerta, la puerta del perdón encontré abierta.

¡Despierta de tu sueño que Dios te llama ya; alma mía, despierta...!

Hermenegildo RODRIGUEZ

CONSEJOS

RECTIFICAR

El hombre puede equivocarse. Nadie está libre de un error en la apreciación de unos hechos, en los actos que realiza durante su vida, en las determinaciones que toma, en las órdenes que da.

Y como el hombre no es infalible, si es inteligente, si su error no ha sido mal intencionado, si ha sido involuntario, el hombre debe de rectificar. Nada de par-

ticular tiene que nos equivoquemos. En las distintas épocas de nuestra vida, la experiencia nos va enseñando en duras lecciones, visiones distintas de la realidad. Creíamos antes muchas cosas de las que después nos vamos desengañando; obramos en otro tiempo de modo muy distinto, a como obraríamos ahora. En un tiempo hicimos... lo que en modo alguno volveríamos a hacer. Y así siempre, un día y otro, un año y otro año.

Muchos errores ya no pueden rectificarse. La resignación es el único camino que nos queda para mitigar sus efectos.

Pero en muchos otros casos sí puede rectificarse. No siempre es fácil: El orgullo, el amor propio, la dignidad, el temor a la opinión ajena, nos sujeta y nos quita todo el valor que se precisa para confesar lealmente el error cometido. Y entonces persistimos en el con conocimiento de la equivocación cometida, ocasionando daños mayores, precisamente, por no tener el valor de la lealtad que se precisa para confesarlo y rectificarlo honradamente.

Cuántos males se originan de este mal entendido amor propio que a veces lleva a sufrir las consecuencias a todo un pueblo, a toda una nación y hasta al mundo entero, víctimas del orgullo y de la necedad.

J.

Comentando

HISTORICO

La acción pasa en una ciudad castellana. Como el caso es rigurosamente histórico y reciente, creo conveniente el ocultar el nombre de la ciudad y de los personajes que en esta relación toman parte. No obstante, en algunos casos particulares (y no en todos, por razones que son fáciles de comprender) estoy a disposición del amable lector, al que daré todas las explicaciones convenientes.

— Mala cara tiene Vd. don Fernando.

— Efectivamente. Me encuentro bastante mal. Siento unas molestias aquí en el estómago, y creo que pueda ser debido a alguna cosa mala. Ya me han visto dos médicos y no me encontraron solución apropiada para el problema.

— Hombre, eso es lo más natural. ¿A quién se le ocurre acudir a un médico cuando se encuentra uno malo?

— Me deja Vd. asustado. ¿A quién he de acudir entonces?

— A un señor que yo conozco; cuya fama es grande y que sabe de esas cosas más que otro cualquiera: A don Venancio.

— ¿Es médico?

— No señor. Si fuese médico, no se lo

CURSILLO DE CONTABILIDAD PRACTICA

(PARA HACERSE CONTABLE)

ASIGNATURAS: Contabilidad y prácticas

Legislación mercantil

Cálculo mercantil

Correspondencia comercial

Horas de clase: Desde las 6 de la tarde

PROFESOR: JUAN MANUEL ORTEA

(Licenciado en Derecho y Apoderado de Banca)

Duración del cursillo: Cuatro meses.

El cursillo comenzará próximamente

Domicilio: Muraya, 7 - 1.º

GIJON

Teléfono 3988

recomendaría yo. Es un naturista sin título; pero que por esta circunstancia, precisamente, es una garantía absoluta. Se cuentan de él casos maravillosos. Adivina con sólo mirar los ojos del paciente, hasta el nombre de sus tatarabuelos. A mí me curó él de una afección pulmonar terrible, con sólo unas yerbas y unos potinges especiales. Vaya Vd. a él, que le garantizo su triunfo en este caso.

Nuestro hombre, obediente, y guiándose de esa morbosa inclinación de los humanos a fiarnos de todo aquello que envuelve desconfianza y que no ofrece garantía de ninguna clase, se fué a ver a don Venancio. Por ridícula no describimos la escena más digna de una barraca de feria aldeana que de un aficionado de segunda clase a estas cosas de la medicina. Solo he de decir que, por haber presenciado algunas escenas análogas, quisiera ponerlas en manos de Muñoz Seca (q. e. p. d.) para su exterminación y escarnio de los mortales inocentes que ponen criminalmente sus vidas bajo la defensa de unos analfabetos que acertarán o no, como yo, un caso que no se atreven a poner en conocimiento del doctor, porque este estudió y conoce medicina, poca o mucha, cosa que el otro desconoce en absoluto.

Nuestro hombre, empeoró y reclamó a los tribunales contra el farsante que clandestinamente intentó curarle, y éste, a las preguntas del Juez, mostró ante el asombro de todos, su título de Médico y los recibos correspondientes del Colegio Médico de la Provincia y explicó:

Yo soy médico. Por lo tanto, puedo ejercer mi profesión, y la ejerzo. Ahora bien: al abrir mi consulta, bajo el amparo de mi título profesional, los pocos enfermos que a mí ciencia acudieron en busca de remedio, sea por lo que sea, me aban-

donaron, hasta el punto de que mi despacho se vió al poco tiempo sin clientela. Un buen amigo me hizo constar, que si como médico había fallado, sin saber más que lo que sabía, podría hacer dinero ejerciendo de curandero. La gente, en su incultura, se deja seducir por la fruta prohibida con más facilidad de lo que parece, y la clandestinidad y la falta de garantía para mi saber, fueron suficientes para asegurarme un pasable bienestar. He curado a bastante gente, pero en mis curas he recetado cosas naturistas, inofensivas, alternándolas con medicinas más o menos disimuladas. Y esto es todo.

HERO

VERDI Y SU AUTOGRAFO

Había en Florencia hace años un comercio de antigüedades, notable por la variedad de objetos que se encontraba en él: túnicas romanas, monedas fenicias, dalmáticas medioevales, palimpsestos, nada faltaba allí. Había, sobre todo, una rarísima colección de autógrafos, género que era la especialidad de la casa.

Un día el patrón colocó en la vitrina, como objeto preciado, una tarjeta de visita de Giuseppe Verdi, con algunas palabras manuscritas.

Al cabo de algún tiempo, cuando ya parecía que el autógrafo de Verdi no iba a encontrar interesados, se presentó en la tienda un caballero de edad, que deseaba examinar la valiosa pieza.

—¿Cuánto vale este autógrafo?— preguntó el posible comprador.

—Cincuenta liras.

CESAR A. PRIETO

Pintor y Constructor de Obras

Avda. del Molinón, 2-Telf. 3115

GIJON

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40

GIJON

Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano

—Es mucho.

—No puepo rebajar un céntimo.

—Entonces no lo llevo. En cincuenta liras es caro. Yo puedo conseguir autógrafos de Verdi mucho más baratos... y además, auténticos.

Y Verdi, el propio Giuseppe Verdi, salió a la calle ante el estupor del anticuario.

Materiales de construcción

Arbués

Covadonga, 27
Telf. 1817

GIJON



Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado

DE

José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de **Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios** y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
Junto a la Plaza de la Virgen

VALENCIA

JOYERÍA-PLATERÍA-RELOJERÍA Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81

GIJON

Moros, 5º

La Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)